

tenía en su casa una aliada muy poderosa y muy temible, Bella, con sus ojos negros y su dulce sonrisa. Entre esos dos campos, Pedro estaba ya perplejo, sin saber qué le mandaba su conciencia y le pedían sus esperanzas y ni siquiera se planteaba la cuestión formidable que debía decidirlo todo : En la separación de mi padre y de mi madre, ¿ de quién ha sido la culpa ?

Su conciencia le gritaba : Tu madre está por encima de toda sospecha ; es la virtud y la abnegación personificadas. Y sus deseos respondían : No puedes acusar á tu padre ; si así lo hicieras, tendrías que renunciar á él y á Bella al mismo tiempo. Y entonces ¿ qué sería tu vida ? Hay que hacerle la justicia de que ni una vez se planteó en su pensamiento la cuestión de dinero y no calculó si tenía más interés en preferir á Dartigues y sacrificar á Appel. El debate fué solamente moral y su inteligencia depurada se elevó á las más altas concepciones de la dignidad humana.

Pedro salió de esta lucha dolorido y sin haber resuelto nada. No podía hacer más que sufrir, puesto que ignoraba lo que era más esencial que supiera. En la obscuridad que ocultaba el pasado, Pedro maldijo con profunda amargura los disentimientos que habían destruído la unidad de su familia, y adquirió la cruel experiencia de las cosas en que se había ocupado teóricamente con Barres para resolverlas con hermosas palabras poco aceptables en la realidad. Vió lo que era una familia destruída por el divorcio y dejando los hijos al azar, como restos flotantes de un naufragio. Sacudido entre los dos escollos á que le conducían sin cesar las necesidades de la vida, no veía ante sus ojos ninguna claridad que pudiese guiarle. No se atrevía á tomar partido alguno, no quería juzgar y se sentía muy desgraciado.

VII

Apenas salió Pedro, Claudio Brun entró en el despacho de Dartigues, como si hubiera estado escuchando. Claudio tenía la fisonomía amenazadora y astuta que le hacía asemejarse á un zorro. Tomó una silla, se instaló y dijo mirando fijamente á Dartigues :

— Y bien, ¿ cómo va tu conquista ? ¿ El joven muerde el anzuelo ?

— ¡ Ah ! Hasta aquí he tenido que hacer muy pocos esfuerzos. Ese muchacho es encantador y su corazón se abre con una facilidad que me deleita y me da pena ..

— No comprendo. Expíciate.

— Es, sin embargo, muy fácil de comprender. Soy dichoso viendo á Pedro adherirse á mí y desgraciado por no haber tenido su afecto durante tanto tiempo.

— ¿ Te haces elegíaco ?

— Siempre he sido sensible.

— Desde que eres rico, acaso, porque en otro tiempo eras feroz. Presume, si quieres, con los que no te conocen, pero conmigo es inútil.

— ¿Crees que no tengo corazón?

— ¿Por qué no has de tenerle? También le tengo yo.

El silencio reinó entre los dos hombres. Dartigues se puso á pasear por el despacho como si quisiera diferir la conversación que iba á emprenderse. Pero Claudio no lo permitió y tomó de nuevo la ofensiva.

— ¿Qué has prometido á ese muchacho para haberle ablandado en ocho días? Sé que eres encantador cuando quieres, pero hacer olvidar á un hijo que se le ha abandonado durante veinte años no es floja tarea. Por poderosas que sean tus facultades de seducción, creí que el propósito era superior á ellas. Sin duda, pues, has recurrido á los grandes medios para abolir la memoria en el cerebro de ese joven. ¿Le has hecho subir á la cima de la montaña, como hizo el tentador con Jesús, para enseñarle el mundo y prometerle su posesión?

— Me he limitado á decirle que le quiero.

— ¿Y te ha creído bajo tu palabra? ¡Admirable confianza!

— ¿Puede pensar que le engaño?

— Si reflexiona siquiera un minuto, no podrá dudar.

— ¿Por qué?

— Porque no te has acordado de él hasta el día en que te ha convenido.

Dartigues no respondió y volvió á sus paseos como si quisiera disipar la impresión de las picantes críticas de su amigo.

— En apariencia, lo que dices es verdad, dijo al cabo de un instante; pero en realidad es falso y tú no lo ignoras. Estás de mala fe porque te viene bien el estarlo... Me estás buscando no sé qué querella...

— Lo sabes muy bien, pero de todos modos voy á explicarme claramente porque es preciso que se disipe toda duda. No te dejaré engolfarte en el camino que has emprendido sin saber de cierto tus intenciones...

— ¿Sobre qué?

— Sobre Bella.

Dartigues se sentó esta vez, encendió un cigarro, y se puso á escuchar, sin que su fisonomía, tan movible de ordinario, expresase impaciencia ni curiosidad. Ante esa impasibilidad, Claudio palideció de cólera. Pero también él sabía dominarse y dijo con voz muy dulce:

— Cuando llegamos á Maillané, hace quince días, no eran un secreto para ti los sentimientos que me inspira tu hijastra... No te había ocultado la viva afección que tenía por ella. Lo sabías desde nuestra partida de América y no habías hecho la menor tentativa para disuadirme de amar á la hija de Hernández... ¿No es así?

— Es perfectamente exacto, pero debes añadir que tampoco hice nada para animarte...

— Objeción sin valor. La neutralidad implicaba la benevolencia. En el momento en que no me atabas corto, me concedías que fuese adelante. ¿Y qué podía importarte, en efecto, que yo amase á esa muchacha? No tiene fortuna, puesto que su madre se apoderó de todo lo que poseía el general, y no tenías que rendir cuentas. ¿Que hay una gran diferencia de edad entre ella y yo? ¿Qué te importaba esto á ti, que no consideras á la mujer más que como un elemento de distracción en la vida? No tienes más cariño á esa muchacha que el que pudieras tener á otra cualquiera que viviese contigo... Debía, pues, serte indiferente que yo me enamorase de Bella y que pensase casarme

con ella á pesar de la desproporción de edades. Tu amistad para conmigo debía hasta incitarte á favorecer mis proyectos, pues esa unión recompensaría en cierto modo los servicios que te he prestado y apretaría los lazos que nos unen. Pero al llegar á Maillane todo ha cambiado de pronto y en vez de favorecerme, has empezado á hacerme la guerra.

— ¿ En provecho de quién? dijo Dartigues con placidez.

— En provecho de tu hijo.

— ¡ Estás loco! Jamás se ha tratado semejante cosa entre Pedro y yo. No tengo proyecto alguno y todo lo que me estás contando es imaginario...

— No, no. Sé ver y sé comprender lo que veo...

— ¿ Pero qué ves?

— Veo que, bajo tu complaciente protección, nace el amor en el corazón de Pedro, que procura con todas sus fuerzas la conquista de Bella. Los veo hablar con una expansión y una confianza que son el principio del acuerdo de sus voluntades. Los veo pasearse del brazo por el parque y adivino lo que dicen y lo que piensan... Y tú, que ves también todo esto y que conoces mis esperanzas, no haces nada para impedirlo. Hasta sonríes con aire de jefe de familia paternal y bonachón, tú, el antiguo tratante en mujeres de Filadelfia... Porque en el curso de tu fecunda carrera, has hecho oficios atroces, mi querido Dartigues, y para mí, que te conozco á fondo, no eres un dechado de honradez.

Ante ese recuerdo de los días de infamia y de miseria, el millonario tuvo que reprimir un ademán de cólera. Frunció los labios, sacudió la ceniza del cigarro y dijo sordamente:

— He hecho mucho bien después para expiar los

desarreglos de conducta en que había incurrido. ¿ Pero con qué cara me acusas, tú, que has sido, en las horas funestas, mi detestable consejero?

Claudio se aproximó á su compañero.

— Te recuerdo todo eso para hacerte apreciar que la comunidad de nuestra vida de aventuras nos ha unido de un modo indisoluble y que eres muy imprudente al pensar en hacerme traición en el día del triunfo.

— ¿ Me amenazas?

— Te prevengo. Parece que tomas en serio tus apariencias de escrupulosidad. Consiento y hasta aplaudo á dos manos que engañes con esas maneras al común de los mortales y que te granjees una reputación de virtud. Pero que te hagas la ilusión de engañarme á mí, que sé lo que eres y lo que vales, me parece un poco fuerte y no lo consentiré.

— ¿ Pero qué quieres, en suma? Porque, en fin, tus recriminaciones no son ciertamente platónicas y tienes una solución preparada...

— Tengo una, en efecto. Quiero que digas á Bella que no hay nada que hacer con Pedro, y á éste que no piense para nada en Bella...

— ¿ Pero crees que yo soy dueño de sus sentimientos?

— Lo serás si quieres. Para ti es un juego de niños indisponer á esos enamorados.

— De otro modo, pretendes imponerme que sacrifique á Bella y á Pedro en tu favor...

— Pretendo que después de haberte servido toda mi vida, me sirvas á tu vez en esta ocasión.

— ¿ Y que obligue á Bella á ser tu mujer?

En los ojos de Claudio apareció un vivo fulgor.

— Si. ¡ La amo! La amo, ¿ entiendes? Es la última pasión de mi vida, la más poderosa... Todo lo sacri-

ficaré por esa niña... Estoy seguro de obtener su corazón á fuerza de perseverancia y de apoderarme de su espíritu á fuerza de generosidad. Soy muy rico, ya lo sabes... Todo lo que tengo será para ella y por ella decuplicaré mi fortuna... ¡Oh! Cuando se trata de ella tengo los proyectos más gigantescos y arruinaría la tierra entera para ofrecerle tesoros... Es preciso que alejes á Pedro. Aún es tiempo. Si se queda á su lado va á quitármela y no sé de lo que sería capaz en mi desesperación.

Dartigues le había dejado desarrollar su pensamiento y le escuchaba con absoluta calma. Cuando Claudio terminó, casi suplicante, le miró con desdeñosa sonrisa y le dijo :

— ¡He aquí lo que el amor senil hace de un hombre inteligente! Mírate, Claudio, mira tu pelo gris y tus arrugas y haz la cuenta de los años que has vivido, de esos años terribles de lucha y de miseria que envejecen tres veces más porque en ellos se prodiga la energía intelectual y la fuerza física y se sale fatigado hasta la medula y gastado hasta el alma. ¿Tú estás enamorado? ¡Pobre diablo! ¿Nos has sufrido bastante durante tu ruda existencia, para querer sufrir más, ahora que has salido de penas? ¡Estás loco! ¿Á dónde te va á llevar semejante aventura? Supón por un instante que te sigo y que llegamos entre los dos á conseguir que Bella se case contigo. ¡Qué triunfo! ¿Pero has pensado en el día siguiente? Me hablas de tu amor : dime qué serán después tus celos. Por una parte veinte años; por la otra cuarenta y cinco, hermosa unión que producirá la repugnancia en la mujer, el furor frenético en el hombre, y luchas, violencias y torturas... ¿Es esto lo que sueñas? Cuando te digo que estás loco...

— Esa locura hace mi felicidad.

— Hará irremisiblemente tu desgracia.

— ¡Qué me importa el porvenir! Yo no veo más que un día; aquel en que posea á Bella.

— ¿Puedo yo obligarla á que sea tuya?

— Sí, puedes; bien lo sabes. Nunca has dudado de ello hasta el día en que se han cambiado tus ideas. ¡Oh! Ten cuidado... No abuses de mí. Me conoces porque me has visto luchar. No retrocederé ante nada para triunfar...

Dartigues se levantó, se acercó á Claudio y poniendo su robusta mano en el hombro de su amigo, le dijo :

— ¡Basta ya! ¿Entiendes? La explicación ha terminado. Olvidas que en nuestra asociación, si tú representas la astucia, yo encarno la fuerza. Me llevaste contigo un día, hace veinte años, pero desde ese momento soy yo el que ha remado siempre para hacer avanzar la barca. Si hemos arribado á la orilla afortunada, yo he sido el que la ha conducido á través de los escollos, de las tempestades y de los peligros. Todo lo que eres me lo debes á mí. De mí procede todo lo que tienes. Careces de superficie personal y no eres más que una emanación mía. No se conoce á Claudio Brun... No hay más que un jefe, un dueño y éste se llama Maillane. No debes olvidarlo puesto que tú fuiste el que inventó ese nombre.

Brun, temblando de cólera, balbuceó :

— ¿Así me tratas?... Á mí, tu compañero, tu socio...

— Tú denuncias la asociación y olvidas el compañerismo.

— Te pido la felicidad.

— Pero estropeas mis combinaciones...

— ¡Ah! Al fin reconoces...

— ¿Que vería con gusto á mi hijo casarse con Bella? ¿Tan idiota me crees que no comprenda las ventajas que tendría para mí ese matrimonio? Hace una hora

que tú mismo me estás haciendo ver toda su utilidad.

— ¿Te burlas de mí todavía?

— ¿Y qué quieres que haga? ¿Piensas que voy á montar en cólera? Tus desvarios no valen la pena. Pero escucha : tengo piedad de ti. Te veo en un estado tan lamentable, que no quiero acusarme de no haberte dejado una ocasión de realizar tus deseos... Bella es libre y puedes estar seguro de que no ejerceré sobre ella ninguna influencia... Háblale. Ofrecele tu nombre y tu fortuna... Proponle que sea tu mujer... Te autorizo para ello.

— Sabes de antemano que sin tu ayuda no puedo lograr lo que deseo.

— ¿Pero crees que voy á decir á esa niña : Cásate con este viejo porque es rico, amigo mío, y mi socio? Si tienes que proponer semejante trato, encárgate de las negociaciones. ¡Oh! Más de una joven aceptaría tu ofrecimiento... Es muy corriente el no considerar el matrimonio más que desde el punto de vista de sus ventajas materiales... Un cuadragenario con muchos millones adquiridos y, por consecuencia, muchos que adquirir, no es un partido desdeñable... No sé por qué temes tratar este asunto solo y entregado á tus propias fuerzas... ¿Quién te dice que no vas á salirte con la tuya? Haz ver á Bella el porvenir que se asegura siendo tu mujer y ¿quién sabe si preferirá esas sólidas realidades á todas las promesas del amor?

— Bien sabes que Pedro tendrá que ofrecer algo más que su corazón... Es tu hijo.

— ¡Pardiez! Sí, dijo Dartigues. Tengo pensado dotarle... si él lo consiente, porque no es cómodo el joven Pedro y tiene un bagaje de ideas que no facilitan los acuerdos con él.

Un rubor fugitivo coloreó el pálido semblante de

Claudio. Su pensamiento acababa de caldearse con un poco de esperanza. Ese hijo susceptible que resistía á su padre sin conocerle ¿cómo acogería sus beneficios si pudiese juzgarle? Si supiera de qué exacciones y de qué atrocidades procede la fortuna del presidente, ¿aceptaría entrar en la familia de semejante monstruo? Brun entrevió la campaña que habría que realizar con Pedro en el caso de no ser aceptado por Bella. Pensó que con personas escrupulosas nunca hay nada perdido y que si la honradez significaba algo para el hijo de Dartigues, con unos cuantos datos bien escogidos sería posible separarle de su padre y de la hija del presidente. Su cara astuta tomó una plácida expresión y el socio de Dartigues dijo con más dulzura :

— Pues bien, acepto la neutralidad, puesto que no puedo conseguir más de tu amistad. Hablaré con Bella, y si me rechaza, no tendré al menos el disgusto de pensar que te debo á ti mi fracaso...

— ¡Enhorabuena! Veo que recobras tu buen sentido... Si aspiras á esa muchacha, trata de obtenerla de grado... Te sacrificaré las ventajas que hubiera obtenido uniendo más estrechamente mi familia por un enlace entre Pedro y la hija de mi mujer... Ya ves que soy conciliador... Y averguénzate de tus violencias...

— Estoy enterado de tus promesas, dijo Claudio moviendo la cabeza, pero espero á ver tus actos... Veremos si están conformes las unas con los otros.

— No temas que quiera engañarte. No me tomaría ese trabajo... Haré lo que te he dicho. Y ahora, vámonos á la cama... Estoy seguro de que las señoras están ya en sus habitaciones.

Atravesaron el salón que, en efecto, estaba vacío, y después de un cordial apretón de manos, se separaron. El día siguiente á eso de las once, Pedro, que iba á

Maillane á almorzar, según costumbre de hacía quince días, encontró en el jardín á Bella que estaba cortando ramas de mimosa, primeras de la estación. Estaba vestida con un traje blanco muy sencillo y calzada con botas amarillas. Un sombrerillo rojo cubría su cabeza y unos guantes de piel de Suecia defendían sus manos contra las espinas. La joven dejó llegar á Pedro hasta ella sin dejar su tarea y mirándole con el rabillo del ojo. El hijo de Dartigues parecía preocupado y en su cara se veían las huellas de la mala noche que había pasado. Sus facciones se alegraron, sin embargo, al ver á Bella y sus ojos azules se pusieron límpidos y risueños.

— ¿Qué tiene usted? le preguntó la joven con su franqueza salvaje. ¿Tiene usted penas? Cuéntemelas usted. No debemos tener secretos el uno para el otro.

Al decir esto le estaba examinando sin ninguna coquetería y con afectuosa sinceridad. Pedro respondió sin rodeos :

— He recibido un telegrama llamándome á Paris.

— ¿No hay ninguna mala noticia?

— No. Pero siento el irme de aquí; ya lo sabe usted. Esta es la causa de mi tristeza.

— ¿Quién le ha enviado á usted ese telegrama? ¿Su madre de usted?

— Sí, mi madre.

— Tiene gana de ver á usted, lo que es muy natural.

¿Cuánto tiempo hace que está separada de usted?

— Dos meses.

— ¿No la había usted dejado nunca?

— Nunca.

— Debe quererle á usted mucho.

— Tanto como yo á ella.

— ¿Más que á todo en el mundo?

Pedro miró á Bella, que sonreía con gracia provocadora, y respondió gravemente :

— Hace dos semanas lo hubiera dicho así : más que á todo en el mundo.

— ¿Y hoy no se atreve usted á decirlo?

— No, Bella, porque ya no es verdad.

— ¿Es su padre de usted el que le ha cambiado así el corazón?

El joven bajó la cabeza y no respondió.

— ¿Es todavía joven su madre de usted? preguntó la joven. Debe ser encantadora.

— Es joven y encantadora. Pero tiene el pelo blanco... Ha tenido muchas penas y muchas dificultades en la vida...

Bella fijó los ojos en Pedro con amistosa sonrisa. Movi6 la cabeza, como si se le ocurrieran preguntas que no se atrevía á formular, y cambió de conversación.

— Hoy es un día de fastidios para nosotros dos. Si usted ha tenido su telegrama, yo también el mío.

— ¿Cómo es posible? Aquí, bajo la tutela afectuosa de mi padre y los tiernos cuidados de su madre de usted...

— Pues ahí verá usted. Es un asunto grave... No sé si hago bien en hablar de él con usted... Pero, aquí, en confianza, quiero decírselo.

Tomó una expresión de importancia y dijo en tono misterioso :

— Me han hecho esta mañana insinuaciones para un matrimonio...

— ¿Aquí?

— Aquí.

— Pero ¿con quién? No veo á nadie que pueda ser un partido para usted.

— ¿Cree usted eso? Pues todo el mundo no piensa